

riendo á pesar suyo del aspecto sandio y apurado de Vespasiano al querer defenderse de las amistosas chanzas de la joven.

Otros días los empleaban en paseos por el mar y en visitas á la isla de Torcello, donde tenían una quinta las Contarini. En estas ocasiones no era cosa rara que Julia, animada por la presencia de su amante, exaltada por la serena belleza de las noches italianas, por las frescas brisas marinas y por los perfumes de las próximas costas, comenzase á catequizar á los dos caballeros con cierta ternura melancólica. Sentábase sobre cojines amontonados en la proa de la barca, y los dos jóvenes se colocaban á sus pies, casi tendidos en el tapiz, y en tanto les explicaba las cosas de la religión con profundo fervor, en tanto se enternecía hasta derramar lágrimas al referirles ingenuas leyendas y milagrosas conversiones. La voz de la mujer amada que os habla en horas de silencio y misterio, bajo el cielo centelleante y en el majestuoso mar, tiene soberano y penetrante poder. Así, por efecto pues de estos sencillos relatos y tiernas enseñanzas, Gritti y el mismo Vespasiano adquirían mayor gravedad de espíritu, más gusto por la meditación y mayor inclinación hacia Dios.

Un día, el 6 de Noviembre, Julia estaba más

grave que de costumbre, y llamando aparte á Miguel Gritti, le dijo jugando con un pergamino sellado que tenía en la mano:

—¿Sabéis que el Dux es algo pariente mío por mi madre y que me quiere mucho?

—¿Quién no ha de quererlos, Julia?

—Es un anciano muy sabio—continuó diciendo Julia—y me ha aconsejado, messer, que no dé mi mano á un hombre que no tenga ocupación en el mundo. No os repetiré todas las razones que ha alegado; pero me han parecido tan convincentes, que decido permanecer soltera.

—¡Por Dios, señorita!.....—exclamó Miguel fuera de sí.

—Sí, decididamente—añadió Julia—hasta el día en que regreséis de Nápoles, á donde os envía la serenísima República á llevar un mensaje al virrey Duque de Osuna. Aquí tenéis vuestras cartas credenciales, señor embajador—continuó diciendo la joven, entregando el pergamino sellado.—El Dux, á quien iréis á ver en seguida, os dirá lo demás. ¡Así empezarán vuestras ocupaciones! ¡Oh! ni una palabra, messer, ni una palabra de despedida sobre todo. Odio mortalmente las despedidas. Dentro de quince días podéis estar de regreso, y entonces....

Julia vaciló.

—¿Y entonces, querida niña?—preguntó Gritti mirando á Julia con profunda emoción.

—Entonces, messer—repuso lentamente y bajando la cabeza á medida que hablaba—entonces vuestra amiga será..... vuestra esposa.....

Y Julia huyó como culpable hacia la puerta de la sala; pero cuando tenía ya el portier levantado, se volvió de pronto y mandó con la mano un beso á su amante.

Aquella misma noche Miguel Gritti, acompañado del caballero Vespasiano en calidad de secretario, se puso en camino para el reino de Nápoles.

Entretanto la Marquesa Onesta, desde que recibió de Luca Dolci la fría y casi irónica respuesta que conocemos, vivía en extraordinaria agitación de espíritu, comprendiendo que no gozaría de tranquilidad hasta que conociese los sentimientos de su primo relativamente á ella, y conociendo á la vez que por su propia imprudencia había llegado al punto, si no de amar al jóven, al menos á dar importancia suma á ser amada por él. Deploraba amargamente haber dejado á un hombre tomar aquel imperio sobre su pensamiento y su vida; pero era ya tarde para impedirlo. A toda

costa quería ver á Luca, y en la impaciencia febril con que esperaba el día que fijó su primo para la entrevista, agitábanse mil confusos sentimientos, deseo de venganza mezclado con ardiente curiosidad, y tal vez por encima de todo una pasión más tierna que no quería confesarse la orgullosa Marquesa.

Al fin llegó el día 20 de Noviembre. En toda la noche anterior no pudo cerrar los ojos la Marquesa. Las horas de aquel día pasaron para ella como pasan todas las horas en que se espera, mortalmente lentas para el placer, cruelmente rápidas para el dolor. Llegó la tarde, llegó la noche, y Luca Dolci no parecía. Entonces no esperó ya, y sombría desesperación siguió á las emociones del despecho, de incertidumbre y de cólera que la habían agitado durante el día. Eran las diez; decidida la Marquesa á ocupar, en cuanto le fuese posible, una noche que presentía había de ser de insomnio, pasó á un salón inmenso que en otro tiempo servía de biblioteca á su tío el Conde. Mandó encender la chimenea, y en seguida, sacando al azar de los polvorientos estantes un libro con grapones de plata, sentóse junto al fuego. Colocado sobre la alta chimenea, alumbraba la estancia un candelabro con varias bujías. La Mar-

quesa, con el libro sobre las rodillas y apoyada la cabeza en la mano izquierda, abrió los grapones con indolencia; pero las primeras palabras que leyó despertaron poderosamente su atención. Era un tratado de apariciones sobrenaturales ocurridas en diferentes puntos. Con involuntario movimiento levantó Onesta la cabeza y miró en derredor y á los oscuros rincones de la antigua sala; hecho lo cual, sonrió y continuó hojeando el libro. Satisfecha con haber encontrado ocupación bastante fuerte para distraer sus pensamientos, absorbióse en la lectura y concluyó por prestar interés á aquellos lúgubres relatos escritos con simpática buena fe. Cuando seguía con profunda emoción los detalles misteriosos y terribles de una antigua leyenda alemana, parecióla oír de pronto cerca de ella extraño ruido: á ciertas horas, y cuando el espíritu se encuentra impresionado, los ruidos que oímos en derredor no tienen nada de humanos. La Marquesa miró no sin miedo hacia el punto donde había sonado el rumor, y vió delante de ella, de pié contra el portier, á Luca Dolci mirándola. Lanzando entonces ligero grito, levantóse bruscamente, y el libro de las leyendas cayó al suelo.

—¡Yo soy, prima!—dijo Luca con voz cuyo aire y casi sarcástica sonoridad podía ayudar á la ilu-

sión que retenía aún á la Marquesa en el mundo sobrenatural.

Onesta no respondió, absorta completamente como estaba en la contemplación tan inesperada de aquel joven que ella había entregado puro é inocente á las pasiones del mundo, y que el mundo le devolvía cargado con celebridad voluptuosa y sangrienta. La vida de desórdenes no había alterado la belleza de Luca Dolci, pero había cambiado su carácter. La dulce finura de sus facciones había llegado á ser, por decirlo así, acerada; los contornos de su pálido rostro habían perdido la ingenuidad, pero habían ganado en atrevimiento. Parece que la inocencia extiende en derredor de un hermoso rostro, como la luz del día de verano sobre la Naturaleza, un no sé qué de vago y vaporoso que dulcifica los ángulos y tempera la crudeza de los contornos. Las facciones de Luca estaban despojadas de esta especie de aureola ó de atmósfera virginal, mostrándose fríamente recortadas, por análogo efecto al que dibuja sobre el cielo con mayor dureza las líneas de un paisaje á la caída de la tarde. Á través de sus largas pestañas, siempre semiinclinadas, brillaba su mirada fría y penetrante como hoja de acero al salir de vaina de terciopelo. Sus

agitado y temblorosos los labios, diciendo con voz breve á Luca:

—¿Queréis decirme, messer Luca, qué juego estamos jugando?

Luca se había levantado también, y permaneció durante algunos segundos inmóvil, fijando en su prima incisiva y glacial mirada; enseguida, por efecto de repentino cambio, variaron de expresión sus facciones, relámpago abrasador de pasión brilló en sus ojos enternecidos, atrajo furiosamente á la Marquesa sobre su pecho y apoyó los labios en la boca de la joven, que se estremeció y echó atrás ante aquel beso, pero no para huir, porque Luca sintió que se lo devolvía. Viéndola desvanecida y casi sin conocimiento, la dejó caer blandamente en el sillón, y arrodillándose delante de ella:

—¡Qué hermosa y altiva sois!—dijo—¡cuánto os amo!

La Marquesa se inclinó entonces hacia él, miróle algún tiempo en silencio, y cogiéndole de pronto la cabeza entre las manos con febril energía:

—¿De veras?—dijo—¿de veras?

—¡Bien lo véis, alma mía! Quise asustaros al principio, y he sido yo quien ha tenido miedo;

he querido haceros dudar, y yo soy á quien la duda arroja á vuestros pies. Lejos de vos, señora, soy altivo, desdeñoso y vencedor; pero aquí, delante de vuestra sublime belleza, por mucho que haya hecho y sufrido por ella, paréceme que continúa siendo inmenso el abismo que nos separa y que solamente vuestro amor puede llenarlo.

—¡Luca!—murmuró la Marquesa rozando con los labios y su abrasador aliento la frente del joven.

Pero en seguida, y antes de que hubiese podido pensar en retenerla, retiró el sillón y se colocó á seis pasos de él. Dolci se levantó estupefacto.

—Luca—añadió la Marquesa—no os acerquéis. Decís que soy altiva; es verdad, y á causa de ello no quiero ser amante de nadie, ni siquiera de vos. Y en cuanto á ser vuestra esposa—dijo aquella singular mujer bajando los ojos con confusión—ahora soy yo indigna de vos.

—¿Qué ocurre, pues?—preguntó Luca, que, mordiéndose los labios hasta brotar sangre, recobraba poco á poco su aspecto impassible.

—Ocurre que he sido imprudente y leca. Tal vez me amáis hoy lo bastante para casaros conmigo á pesar de mi falta; pero llegaría un tiempo

en que causaría vuestra desgracia y mi muerte.

—¿Habéis dicho vuestra falta?

—¡Sí, mi falta! ¡falta y vergüenza!—contestó amargamente la Marquesa—porque existe un hombre á quien he dicho que le amaba, que no se ha cuidado de ello, y que podría vanagloriarse diciendo que os habíais casado con el objeto de su desprecio.

—¡Sangre y muerte! ¿quién es?—preguntó Luca.

—El noble prometido de Julia Contarini.

—¡Miguel Gritti!

—Sí, Luca, el prometido de Julia Contarini, la única mujer tal vez que no habéis pensado en marcar con el sello de vuestra conquista, primo mío.

Tan evidente parecía la provocación que encerraban estas palabras, que Luca Dolci interrogó largo espacio á la Marquesa con la mirada para saber hasta qué punto acababa de ser juguete de una astucia infame, de una comedia de pasión inspirada por el espíritu de venganza. Pero la Marquesa, ora encorvase su frente la humildad ó la hipocresía, ora real desesperación ú odioso cálculo agitase su seno, permanecía impenetrable.

—Así, pues—dijo Luca haciendo con la cabeza y la mano el gesto de quien se abandona á un

destino más fuerte que él—así, pues, ¿ese obstáculo es el último entre nosotros?

—El último, Luca, pero invencible.

—¿Y si mato á ese hombre?

—¡Tú, tú, niño!—exclamó la Marquesa.—¿Sabéis de quién habláis? ¿Comprendéis lo que decís?

—Sí, prima; pienso en todo y lo comprendo todo. Pero os amo con terrible pasión. No temáis censuras de mi parte. Decidme en seguida si en el caso de que sobreviva seréis mi esposa.

—¡Tu esposa! ¡tu amante! ¡tu sierva, Luca mío! ¡Porque eres más fuerte y más grande que todos ellos, y te amo! Pero es necesario, y tú lo comprendes como yo, que ese hombre orgulloso no pueda burlarse de nuestros amores y de nosotros.

—No, no, sin duda—contestó friamente Dolci.

—Llamad en seguida á Fra Mozzo.

Asombrada la Marquesa, sonó tres veces el timbre.

—Muy bien—dijo Luca;—un fraile que obedece á la misma señal que los lacayos; eso es lo que se necesita.

Fra Mozzo entró.

—Prima—continuó Luca—haced el favor de decir á este buen padre que lo que voy á hacer es en servicio vuestro.

—Sí, padre mío, haced lo que os diga messer Luca Dolci. Ya le habéis visto aquí otras veces, y debéis recordar que es un joven digno y piadoso.

Fra Mozzo estornudó. Sin duda tenía noticias más exactas relativamente á Dolci.

—Os lo mando—añadió la Marquesa.

—¿Sabéis por casualidad, reverendo padre—dijo Luca—si ha regresado de Nápoles ser Miguel Gritti?

—No; pero se le aguarda de un día á otro—contestó el fraile—para celebrar su matrimonio con la signorina Contarini.

—En ese caso, no perdamos tiempo. Adiós, prima. No me ofrecáis vuestra hermosa mano, señora; no es hora esta de enternecerse. Venid, padre.

Luca Dolci salió del palacio seguido de Fra Mozzo: en la parte inferior de la escalinata estaba amarrada una góndola, y en ella entró el joven con el fraile.

VIII.

EL INSULTO.

Luca Dolci se sentó, pensativo y silencioso; Fra Mozzo se colocó enfrente de él. El aire de la noche era frío y silbaba tristemente, viniendo del mar. La ciudad se dormía, y apenas de tiempo en tiempo alguna góndola retrasada, negra silueta con un ojo de fuego, se deslizaba por los canales. En la débil luz que reflejaba el farol en el rojo terciopelo del interior de la cámara, veía flotar Fra Mozzo, en fantástica atmósfera, las pálidas facciones de su compañero. Violento estremecimiento corrió por todos los miembros del fraile, que se caló la capucha para sustraerse á aquella aparición continua.

Desembarcaron en la ribera de los Esclavones, y Luca Dolci, haciendo sentar á su lado al fraile en una grada del muelle, comenzó á hablarle en voz baja. El gondolero no pudo oír nada de lo que le decía, pero observó que el joven mostraba con insistencia al fraile la segunda casa de la calzada; observó además, durante la conversación, que el fraile estornudó con frecuencia, lo que el gondolero atribuyó á la frialdad del aire. Al cabo de un